

## S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE LA DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD. (C,G,S)\*

### CAPÍTULO PRIMERO.

1. Con el ejemplo de Daniel confesando sus pecados, reprende a aquellos que murmuran contra Dios por la destrucción de la Ciudad. Noé, Daniel y Job, a quienes representan. Consideremos la primera lectura del santo profeta Daniel, donde lo escuchamos orando y nos asombramos, no solo confesando los pecados de su pueblo, sino también los suyos propios. Pues después de esa oración, cuyas palabras indicaban que no solo era un intercesor, sino también un confesor; después de esa oración, dice: "Mientras oraba y confesaba mis pecados y los pecados de mi pueblo al Señor mi Dios" (Dan. IX, 20). ¿Quién, entonces, puede profesar estar sin pecado, cuando Daniel confiesa sus propios pecados? Pues a un cierto soberbio se le dijo por medio del profeta Ezequiel: "¿Eres tú más sabio que Daniel?" (Ezequiel XXVIII, 3). En tres ciertos hombres santos, por quienes Dios significa tres tipos de personas que va a liberar cuando una gran tribulación venga sobre la humanidad, también incluyó a este Daniel: y dijo que nadie se salvará de ella, excepto Noé, Daniel y Job (Id. XIV, 14). Y es evidente que en estos tres nombres Dios significa tres tipos de personas, como dije. Ya esos tres hombres han dormido, y sus espíritus están con Dios, y sus cuerpos se han descompuesto en la tierra: esperan la resurrección y la colocación a la derecha, y no temen ninguna tribulación en este mundo de la que deseen ser liberados. ¿Cómo, entonces, serán liberados Noé, Daniel y Job de esa tribulación? Cuando Ezequiel decía estas cosas, quizás solo Daniel estaba en el cuerpo. Pues Noé y Job ya habían dormido hace tiempo, y habían sido reunidos con sus padres en el sueño de la muerte. ¿Cómo, entonces, podrían ser liberados de una tribulación inminente, ya liberados de la carne hace tiempo? Pero en Noé se significan los buenos líderes, que gobiernan y dirigen la Iglesia, como Noé gobernó el arca en el diluvio. En Daniel se significan todos los santos continentes: en Job todos los casados que viven justa y bien. Estos tres tipos de personas son liberados por Dios de esa tribulación. Sin embargo, cuán recomendado está Daniel, se muestra en que mereció ser nombrado uno de esos tres: y sin embargo, confiesa sus pecados. Con Daniel confesando sus pecados, ¿quién no temblará de soberbia, quién no se calmará de inflarse, quién no se contendrá de su hinchazón y elevación? ¿Quién se gloriará de tener un corazón casto, o quién se gloriará de estar limpio de pecado? (Prov. XX, 9).

### CAPÍTULO II.

¿Por qué Dios no perdonó a la Ciudad por los justos? Justos de dos maneras. Y los hombres se asombran, y ojalá solo se asombraran, y no también blasfemaran, cuando Dios corrige al género humano, y lo agita con los azotes de una piadosa corrección, ejerciendo la disciplina antes del juicio, y a menudo no eligiendo a quién azotar, no queriendo encontrar a quién condenar. Pues azota a la vez a justos e injustos: aunque, ¿quién es justo, si Daniel confiesa sus propios pecados?

2. Se leyó hace unos días la lectura del libro del Génesis, que nos hizo, si no me equivoco, muy atentos, donde Abraham dice al Señor, si encuentra en la ciudad cincuenta justos, si perdonará a la ciudad por ellos, o si la destruirá con ellos. Y el Señor le respondió que si encuentra en la ciudad cincuenta justos, perdonará a la ciudad. Luego Abraham añadió a la pregunta, y preguntó si fueran menos cinco, y quedaran cuarenta y cinco, si igualmente perdonaría. Dios respondió que también perdonaría por cuarenta y cinco. ¿Qué más? Poco a poco preguntando, y restando de ese número, llegó a diez, y preguntó al Señor, si encuentra diez justos en la ciudad, si los destruirá con los innumerables malvados restantes, o si por

diez justos perdonará más bien a la ciudad. Dios respondió que incluso por diez justos no destruiría la ciudad (Gen. XVIII, 23-32). ¿Qué decimos, hermanos? Pues se nos presenta una cuestión válida y vehemente, especialmente por parte de hombres que acechan nuestras Escrituras con impiedad, no que las buscan con piedad; y dicen, especialmente por la reciente destrucción de una ciudad tan grande: ¿No había en Roma cincuenta justos? En un número tan grande de fieles, un número tan grande de monjas, de continentes, un número tan grande de siervos y siervas de Dios, ¿no se pudieron encontrar cincuenta justos, ni cuarenta, ni treinta, ni veinte, ni diez? Si es increíble, ¿por qué Dios no perdonó a esa ciudad por cincuenta, o incluso por diez justos? La Escritura no falla, si el hombre no se engaña a sí mismo. Cuando se busca justicia, y Dios responde sobre justicia; busca justos según la regla divina, no según la regla humana. Respondo rápidamente: O encontró allí tantos justos, y perdonó a la ciudad; o si no perdonó a la ciudad, no encontró justos. Pero se me responde que es evidente que Dios no perdonó a la ciudad. Respondo yo: En verdad, no me es evidente. Pues la destrucción de la ciudad no se hizo allí como se hizo en Sodoma. Pues la cuestión era sobre Sodoma, cuando Abraham interrogó a Dios. Pero Dios dijo: "No destruiré la ciudad": no dijo, "No azotaré la ciudad". No perdonó a Sodoma, destruyó Sodoma: consumió completamente Sodoma con fuego, no la reservó para el juicio, sino que ejerció sobre ella lo que reservó para otros malvados para el juicio. Absolutamente nadie escapó de Sodoma; no quedó nada de hombre, nada de ganado, nada de casas: el fuego absorbió todo completamente. Así es como Dios destruyó la ciudad. Pero de la ciudad de Roma, ¿cuántos salieron y volverán, cuántos permanecieron y escaparon, cuántos en lugares santos ni siquiera pudieron ser tocados? Pero dicen que muchos fueron llevados cautivos. Esto también le ocurrió a Daniel, no para su castigo, sino para el consuelo de los demás. Pero dicen que muchos fueron asesinados. Esto también les ocurrió a tantos justos Profetas desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías (Mat. XXIII, 35): esto también les ocurrió a todos los Apóstoles, esto mismo al Señor de los Profetas y Apóstoles. Pero dicen que muchos fueron torturados con varios tormentos. ¿Acaso alguien sufrió tanto como Job?

3. Se nos han anunciado cosas horribles; masacres, incendios, saqueos, asesinatos, torturas de hombres. Es verdad, hemos escuchado mucho, hemos gemido por todo, hemos llorado a menudo, apenas nos hemos consolado; no lo niego, no niego que hemos escuchado mucho, que mucho se ha cometido en esa ciudad.

### CAPÍTULO III.

En la devastación de la Ciudad, nada más grave ocurrió que la calamidad de Job. Sin embargo, hermanos míos (preste atención vuestra Caridad a lo que digo), hemos escuchado el libro del santo Job, que habiendo perdido sus bienes, habiendo perdido a sus hijos, ni siquiera pudo conservar sana la carne que le quedaba; sino que, herido con una grave llaga desde la cabeza hasta los pies, se sentaba en el estiércol, pudriéndose con úlceras, fluyendo con pus, lleno de gusanos, atormentado con los dolores más agudos. Si se nos anunciara que toda la ciudad se sentara así, digo, que toda la ciudad se sentara, sin nadie sano, en una herida gravísima, y así se pudriera con gusanos vivos, como los muertos se pudrieron: ¿qué sería más grave? ¿esto, o aquella guerra? Creo que el hierro en la carne humana sería más suave que los gusanos; más tolerable que la sangre brotara de las heridas, que el pus destilara de la putrefacción. Ves un cadáver corromperse, y te horrorizas: pero por eso es menor el castigo, porque el alma está ausente. Pero en Job el alma presente que sentía, atada para que no huyera, sujeta para que doliera, punzada para que blasfemara. Sin embargo, Job soportó la tribulación, y se le contó como gran justicia. Por lo tanto, nadie debe atender a lo que sufre, sino a lo que hace. Hombre, en lo que sufres, no tienes poder: en lo que haces, tu voluntad es o dañina o inocente. Job sufría, quedaba la mujer sola, no para consolar, sino para tentar; no

para traer medicina, sino para aconsejar blasfemia: "Di algo contra Dios, y muere". Vean cómo morir era un beneficio para él, y nadie le daba tal beneficio. Pero en todas estas cosas que el alma santa soportaba, se ejercitaba la paciencia, se probaba la fe, se refutaba a la mujer, se vencía al diablo. Un gran espectáculo, y en esa fealdad de putrefacción, una clara belleza de virtud. El enemigo devastaba en secreto: abiertamente el mal aconsejaba la enemiga; ayuda del diablo, no del marido; una nueva Eva, pero él no era el viejo Adán: "Di algo contra Dios, y muere". Blasfemando arranca lo que no puedes obtener rezando. "Hablaste", dice, "como una de las mujeres insensatas". Presten atención a las palabras del fuerte fiel; presten atención a las palabras de quien se pudre por fuera, íntegro por dentro: "Hablaste", dice, "como una de las mujeres insensatas. Si recibimos el bien de la mano de Dios, ¿no soportaremos el mal?" (Job I y II). ¿Es un padre; acaso debe ser amado cuando halaga, y rechazado cuando corrige? ¿No es un padre, tanto prometiendo vida como imponiendo disciplina? ¿Se te ha olvidado: "Hijo, al acercarte al servicio de Dios, permanece en justicia y temor, y prepara tu alma para la tentación? Todo lo que te sobrevenga, acéptalo; y en el dolor soporta, y en tu humildad ten paciencia: porque en el fuego se prueba el oro y la plata, y los hombres aceptables en el horno de la humillación" (Eclesiástico II, 1-5)? ¿Se te ha olvidado: "Porque el Señor corrige a quien ama; y azota a todo hijo que recibe" (Prov. III, 12, y Hebr. XII, 6)?

#### CAPÍTULO IV.

4. Los tormentos temporales comparados con el infierno, cuán leves son. Piensa en cualquier tormento, extiende tu mente a cualquier castigo humano en esta vida; compáralo con el infierno, y es leve todo lo que piensas. Aquí es temporal, allí es eterno, tanto el que tortura como el que es torturado. ¿Acaso aún sufren los que sufrieron en el tiempo en que Roma fue devastada? Pero aquel rico aún sufre en el infierno (Luc. XVI, 19-26). Ardió, arde, arderá; vivirá hasta el juicio: recibirá carne, no para beneficio, sino para castigo. Temamos esos castigos, si tememos a Dios. Cualquier cosa que el hombre sufra aquí, si se corrige, es una enmienda: si ni así se corrige, es una doble condenación. Pues aquí sufrió castigos temporales, y allí experimentará eternos. Digo a vuestra Caridad, hermanos: ciertamente alabamos, glorificamos, admiramos a los santos mártires; celebramos sus días con piadosa solemnidad, veneramos sus méritos, y, si podemos, los imitamos. Hay ciertamente, hay una gran gloria de los mártires; pero no sé si fue menor la gloria del santo Job: y sin embargo, no se le decía, "Pon incienso a los ídolos, sacrifica a dioses ajenos, niega a Cristo"; sin embargo, se le decía, "Blasfema contra Dios". Ni se le decía, para que se entendiera, "Si blasfemas, toda la putrefacción desaparecerá y la salud regresará": sino, "Si blasfemas", decía la mujer necia e insulsa, "morirás, y muriendo carecerás de tormentos". Como si al blasfemo moribundo no le sucediera un dolor eterno. La mujer insensata temía la molestia de la putrefacción presente, no pensaba en la llama eterna. Él soportaba el mal presente, para no caer en el futuro. Mantenía el corazón alejado del mal pensamiento, la lengua del maldecir; conservaba la integridad del alma en la putrefacción del cuerpo. Veía lo que en el futuro evitaba; por eso soportaba lo que sufría. Así, así cada cristiano cuando sufre alguna aflicción del cuerpo, piense en el infierno, y vea cuán leve es lo que sufre. No murmure contra Dios, no diga: "Dios, ¿qué te he hecho, por qué sufro esto?" Más bien diga lo que dijo el mismo Job aunque santo: "Has buscado todos mis pecados, y los has sellado como en un saco" (Job XIV, 16, 17). No se atrevió a decir que estaba sin pecado, quien sufría, no para ser castigado, sino para ser probado. Esto diga cada uno cuando sufre.

#### CAPÍTULO V.

5. Si había justos en Roma para que por ellos se perdonara a la Ciudad. Todos tienen pecados que no deben confesarse falsamente. Había en Roma cincuenta justos, más bien si consideras el modo humano, miles de justos: si la regla de la perfección, no existe justo alguno. Cualquiera en Roma que se atreva a llamarse justo, no me escucha: "¿Eres tú más sabio que Daniel?" (Ezequiel XXVIII, 3). Escucha, entonces, a él confesando sus pecados (Dan. IX, 20). ¿O acaso cuando confesaba, mentía? Entonces tenía pecado, porque mentía a Dios sobre sus pecados. Pero a veces los hombres argumentan, y dicen, "Debe el hombre justo decir a Dios que es pecador: aunque sepa que no tiene pecado, sin embargo, diga a Dios, 'Tengo pecado'". Me asombra si esto debe llamarse sensatez de consejo. ¿Quién te hace no tener pecado? ¿no es Dios quien sana tu alma? Si, sin embargo, no tienes pecado. Pues considera; y encontrarás, no pecado, sino pecados. Sin embargo, si absolutamente no tienes pecado, ¿no es su beneficio, a quien dijiste: "Yo dije, Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti" (Salmo XL, 5)? Si, por lo tanto, tu alma está sin pecado, tu alma está completamente sanada: si está completamente sanada, ¿por qué eres ingrato con tu médico, para decir que aún hay herida, donde él ya ha hecho toda la sanidad? Si mostraras tu cuerpo enfermo o herido al médico, y le rogaras que te aplicara diligencia curativa, y él lo hiciera, y te devolviera sano e íntegro, y tú aún dijeras, "No estoy sano"; ¿no serías ingrato con el médico? ¿no serías contumelioso con el médico? Si también Dios te ha sanado, ¿te atreves a decir, "Aún tengo herida"? ¿no temes que te responda, "Entonces no he hecho nada, o todo lo que he hecho lo he desperdiciado; no recibo recompensa, no merezco ni alabanza"? Dios aleje esta locura, y este vano argumento. Que el hombre diga, "Soy pecador", porque es pecador: que diga, "Tengo pecado", porque tiene pecado. Pues si no tiene pecado, ¿es más sabio que Daniel? Por lo tanto, hermanos míos, alguna vez resuelva esa cuestión. Si los justos deben ser llamados así, como ahora de alguna manera humana se llaman justos, según una cierta conversación por la cual viven entre los hombres sin reproche: muchos tales en Roma; y por estos Dios perdonó, muchos escaparon: pero también a los que murieron, Dios perdonó. Pues los muertos en buena vida y verdadera justicia, en buena fe, ¿acaso no se libraron de las miserias de las cosas humanas, y llegaron al refrigerio divino? Murieron después de tribulaciones, como aquel pobre ante la puerta del rico. Pero, ¿sufrieron hambre? también lo sufrió él. ¿Sufrieron heridas? también lo sufrió él: quizás menos los lamieron los perros. ¿Murieron? también murió él: pero escucha con qué fin: "Sucedió", dice, "que murió aquel pobre, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham" (Luc. XVI, 20-22).

## CAPÍTULO VI.

6. Cómo Dios perdonó a la Ciudad por los justos. Constantinopla, emendada y salvada divinamente por el terror de un incendio inminente. Ojalá pudiéramos ver con los ojos las almas de los santos que murieron en esa guerra; entonces verían cómo Dios perdonó a la ciudad. Pues miles de santos están en refrigerio, regocijándose y diciendo a Dios: "Gracias a ti, porque nos has librado de las molestias y tormentos de la carne. Gracias a ti, porque ya no tememos ni a los bárbaros, ni al diablo; no tememos en la tierra el hambre, no tememos el granizo, no tememos al enemigo, no tememos al verdugo, no tememos al opresor: pero estamos en la tierra muertos, contigo, Dios, no moriremos, en tu reino salvos, por tu don, no por nuestro mérito". ¿Qué clase de ciudad es la de los humildes que dice esto? ¿O piensan que la ciudad debe contarse en las paredes? La ciudad está en los ciudadanos, no en las paredes. Por lo tanto, si Dios dijera a los de Sodoma, "Huyan, porque voy a incendiar este lugar": ¿no diríamos que tienen gran mérito si huyen, y la llama descendente del cielo devastara las murallas y paredes? ¿No habría Dios perdonado a la ciudad, porque la ciudad había migrado, y había escapado de la destrucción de ese fuego?

7. ¿No fue hace pocos años, en tiempos del emperador Arcadio en Constantinopla (lo que digo, lo escuchan quizás algunos que lo conocen, y hay en este pueblo quienes también estuvieron presentes allí), queriendo Dios aterrorizar a la ciudad, y aterrorizando emendarla, aterrorizando convertirla, aterrorizando purificarla, aterrorizando cambiarla, a un cierto siervo suyo fiel, un hombre, como se dice, militar, vino en revelación, y le dijo que la ciudad perecería por un fuego venidero del cielo; y le advirtió que se lo dijera al obispo. Se dijo; el obispo no lo despreció, y habló al pueblo: la ciudad se convirtió en luto de penitencia, como aquella antigua Nínive (Jonás III, 5). Sin embargo, para que los hombres no pensarán que aquel que lo dijo había sido engañado por falsedad o había engañado con engaño, llegó el día que Dios había amenazado: todos atentos y esperando el desenlace con gran temor, al inicio de la noche ya oscureciendo el mundo, se vio una nube de fuego desde el oriente, primero pequeña, luego poco a poco a medida que se acercaba sobre la ciudad así crecía, hasta que amenazaba terriblemente a toda la ciudad. Se veía una llama horrenda colgando, ni faltaba el olor a azufre. Todos corrían a la iglesia, el lugar no podía contener a la multitud, cada uno exigía el Bautismo de quien podía. No solo en la iglesia, sino también por las casas, por las calles y plazas se exigía la salvación del Sacramento; para huir de la ira, no presente ciertamente, sino futura. Sin embargo, después de esa gran tribulación, donde Dios mostró fe a sus palabras, y a la revelación de su siervo, comenzó, como había crecido, a disminuir la nube, y poco a poco se consumió. El pueblo, hecho un poco seguro, escuchó nuevamente que debía migrar, que la ciudad perecería el próximo sábado. Migró con el Emperador toda la ciudad; nadie quedó en casa, nadie cerró la casa: alejándose mucho de las murallas, y mirando las dulces moradas, dejando las queridas sedes, con voz miserable se despidió. Y habiendo avanzado varios miles, sin embargo, en un solo lugar congregados para orar a Dios, vieron de repente un gran humo, y emitieron una gran voz a Dios: y finalmente, viendo la tranquilidad, enviados quienes informaran, pasada la hora que había sido predicha, y quienes informaron que todas las murallas y techos estaban intactos, todos regresaron con gran gratitud. Nadie perdió nada de su casa, cada hombre encontró abierta como la dejó.

## CAPÍTULO VII.

8. Así como Constantinopla, también Roma fue corregida por Dios más que destruida. ¿Qué diremos? ¿Fue esta la ira de Dios, o más bien su misericordia? ¿Quién duda que el padre misericordiosísimo quiso corregir, y al asustar, no destruir, castigar, cuando la calamidad presente, tan inminente, no dañó a los hombres, ni a las casas, ni a las murallas? Sin duda, como suelen levantarse las manos para golpear, y al consternar a aquel que iba a ser golpeado, se le perdona por misericordia, así sucedió con esa ciudad. Sin embargo, si en el momento en que fue abandonada, todo el pueblo se hubiera marchado, y la devastación hubiera irrumpido en el lugar, destruyendo toda la ciudad como Sodoma, sin que quedaran siquiera ruinas, ¿quién dudaría que Dios había perdonado a esa ciudad, que advertida y aterrorizada, y con su gente partiendo y migrando, el lugar sería consumido? Así, no cabe duda de que Dios también perdonó a la ciudad de Roma, que antes del incendio enemigo había migrado en gran parte. Migraron los que huyeron, migraron los que partieron de este mundo: muchos presentes se ocultaron de alguna manera, muchos fueron salvados vivos y sanos en lugares sagrados. Por lo tanto, esa ciudad fue corregida por la mano del Dios que enmienda, más que destruida: como un siervo que conoce la voluntad de su señor, y hace cosas dignas de azotes, será azotado con muchos (Luc. XII, 47).

## CAPÍTULO VIII.

9. La utilidad de la tribulación temporal. Y ojalá sirva como ejemplo de temor, y que la mala concupiscencia, sedienta del mundo y deseosa de disfrutar de placeres perniciosísimos, al ser demostrado por el Señor cuán inestables y efímeras son todas las vanidades del siglo y las locuras engañosas, se refrene más bien que murmure contra el Señor bajo azotes muy merecidos. Pero una tribulación siente la era, para que la paja sea cortada, el grano limpiado; un fuego sufre el horno del orfebre, para que la paja se convierta en ceniza, el oro quede libre de impurezas: así también Roma soportó una tribulación, en la cual el piadoso fue corregido o liberado; pero el impío fue condenado, ya sea que haya sido arrebatado de esta vida donde sufriría penas más justas, o haya permanecido aquí donde blasfemaría más condenablemente, o ciertamente por su inefable clemencia Dios, a quienes conoce que serán salvados, los reservara para la penitencia. No nos conmueva, por tanto, el sufrimiento de los piadosos; es una ejercitación, no una condenación. A menos que temamos cuando vemos a algún justo sufrir cosas indignas y graves en esta tierra, y olvidemos lo que sufrió el justo de los justos y santo de los santos. Lo que sufrió toda esa ciudad, lo sufrió uno solo. Pero vean quién es ese uno: el Rey de reyes y Señor de señores (Apoc. XIX, 16), apresado, atado, flagelado, agitado con todos los insultos, colgado y fijado en el madero, asesinado. Comparen a Roma con Cristo, comparen toda la tierra con Cristo, comparen el cielo y la tierra con Cristo: nada creado se compara con el Creador, ninguna obra se compara con el artífice. Todo fue hecho por él, y sin él no se hizo nada (Juan I, 3); y sin embargo, fue considerado como nada por los perseguidores. Soportemos, por tanto, lo que Dios quiera que soportemos; quien para curarnos y sanarnos, sabe, como médico, qué dolor es útil. Ciertamente está escrito, La paciencia tiene su obra perfecta (Santiago I, 4): pero, ¿cuál será la obra de la paciencia, si no sufrimos nada adverso? ¿Por qué, entonces, nos negamos a soportar los males temporales? ¿Acaso tememos ser perfeccionados? Pero ciertamente oremos y gemamos y lloremos al Señor, para que se cumpla en nosotros lo que dice el Apóstol: Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar; sino que con la tentación dará también la salida, para que podáis soportarla (I Cor. X, 13).